

LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES.

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.



Esta REVISTA se publica
los días 15 y último de cada mes.

Se remite á la Isla franco de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

S. Sebastian-75.

PUERTO-RICO.

Precio de la suscripcion.

12 rs. etes. por trimestre adelantado.

Solo se admite suscripcion por trimetr.

UN CUADRO.

FAUSTO Y MARGARITA.

I.

El alma aprende, se modifica con la reflexión y la experiencia; pero no envejece.

Lo que envejece en nosotros es el cuerpo: volved á éste el vigor perdido, y vereis como renacen la alegría y el amor, y con ámbas cosas las ilusiones de la vida.

Me direis que no volverán tan halagüeñas como ántes, porque estará presente la experiencia para deslustrarlas ó despojarlas, en mucha parte, de aquel rosado velo que tan hechiceras como engañosas las hacía. Yo os diré que ¿quién sabe?

¿No se ve comunmente, que el hombre olvida en la prosperidad lo adverso?

El placer ¿no ahuyenta el recuerdo del dolor?

¿Qué jóven no ha oído decir, que la vida es falaz y la ventura pasajera? Y sin embargo, cree y goza.

¿Qué amante no ha oído decir, que el amor es preámbulo del olvido? Y sin embargo, ama y es feliz.

Entonces, no se amaría mas que una vez, no se tendría mas que la primera amistad; y un solo desengaño bastaría para curarnos de todos nuestros sueños de ventura.

Pero ¿quién olvida mas fácilmente que el hombre?

¿Á qué dudar, pues, que si tornásemos á ser jóvenes, olvidaríamos los desengaños y nos alucinaríamos de nuevo como ántes?

Lo que hay es que los desencantos, como hijos del tiempo y de la vida, se sienten mas y en mayor número, cuando vienen las dolencias del cuerpo, las privaciones que impone el gastado organismo, los exigentes cambios de esta-

do, el aumento de serias atenciones y las muchas impotencias de los años.

Las estaciones cambian; pero no el mundo: tras el invierno viene la primavera. La naturaleza derrite sus hielos y brota sus flores; olvida sus tristes días y canta alegre su nueva juventud.

Por eso el doctor de Goëthe, el viejo Fausto, despues de tomar el elixir de la vida que Mefistófeles le brinda á trueque de su alma, se siente rejuvenecido, y las ilusiones que pueblan su mente le hacen olvidar las amarguras de la vejez pasada.

Una vez convertida su alma en primavera, el amor revive, y siente su espíritu desatarse las pesadas ligaduras que le oprimían. Sólo ven flores sus ojos; sólo cantos de amor oye su alma. La atmósfera se ha hecho para él mas diáfana y respirable, brilla un sol mas bello, y los celajes mas puros convierten para su corazón la vida en paraíso.

¿Y á qué se debe todo esto?

¿Á qué, sino á un simple licor que ha rejuvenecido su cuerpo?

Aquel elixir, segun la expresion del sér maligno que se lo administra, *le hará ver una Helena en la primera mujer que encuentre*, porque la juventud rebosa en él, y como hemos dicho, sólo ve flores por todas partes.

¿Y es éste aquel doctor escéptico, que cansado de buscar en vano el secreto de la creación universal, de pretender absurdamente trocarse en Dios y hallar en la tierra el eterno manantial de lo infinito; maldice la ciencia como inútil y la vida humana como estéril, y aun intenta llevar á su lábio la copa del suicidio, como medio de apagar la sed de eterna vida y de descubrir á traves de la muerte, el mas allá infinito con que sueña y se atormenta?

Sí, es el mismo doctor; pero gracias á la regeneracion de su cuerpo, su escepticismo se ha trocado en fé, su odio á la vida en amor, y se creará eterno, aunque mire la muerte por todas partes.

La primera Helena que ve, es Margarita. Una jóven que puede no ser bella, no importa: lo será á sus ojos: *la belleza está en los ojos del que mira*; que podrá no ser buena, tampoco le importa, si con cierto candor, verdadero ó falso, le ofrece la contradicción que avive su deseo, que le engañe como le engaña la engreidora sangre que circula por su cuerpo, no en vano rejuvenecido.

¿Y qué ha sido de la pasada experiencia? Si la recuerda, es como escuchan los veinte años las prevenciones y consejos de los cuarenta: con sonrisa desdeñosa, como ante la llegada á tierra, se ve el escollo que está ya lejos y en que la nave pudo zozobrar.

II.

Pues esta juventud, y este amor y primavera, están descritos en un bello cuadro.

¿Quién lo ha hecho? Debe ser un artista; sí, me dicen que se llama Alfau.

El cuadro no es grande; mejor: así podrá colocarse mas fácilmente á la luz que le convenga.

Si quereis tener grata impresion, si quereis soñar con lo bello, tomad la calle de la Fortaleza y deteneos ante una librería, la de Gonzalez.

Contemplad la obra, á cuatro ó cinco pasos de distancia, mas que menos, y vereis como vaga el aire por detrás de aquellos dos amantes, de Fausto y Margarita: aire que ondula y vaga en torno suyo, llevando á los dulces ecos del jardin, la declaracion primera.

Vereis aquellos árboles que en pintoresca y precisa gradacion alegran el primer término para perderse en vaporosa lontananza; vereis los suavísimos tintes, el apacible encanto que ocasiona un crepúsculo formado por un bosque primaveral.

La melancolía risueña, si así puede decirse, de la zona templada, presta al amor que parece oírse de aquellos lábios, acentos blandos y cariñosos.

Yo, cuando contemplo aquellas dos figuras, me imagino que Fausto dice á Margarita:

“El amor con que te brindo, se asemeja á este jardin: belleza, encanto y melancolía. Ama pues, Margarita; ámame como te amo, para que uno y otro nos creamos en el Paraíso.”

III.

¿Quereis poseer este cuadrillo? Pero ¿quién reduce á oro los bellos frutos del espíritu? — Sin embargo, vivimos en un mundo en que es forzoso cambiar por oro, hijos del alma: dad por él un poco de prosa; pero prosa prosaica, cien pedazos de plata ó algunos de oro,

que, segun habeis convenido, le sean equivalentes, y lo tendreis —

¿Quién, si sabe lo grato que es soñar, no se esfuerza por comprar un hermoso sueño?

A. T. y R.

LA SOMBRA.

(Hojas de una cartera.)

La palabra no es mas que la sombra de la idea.

Anidase en el hogar en que me encuentro, una jóven que parece reunir las condiciones del ideal, y cuya radiante hermosura atrae misteriosamente.

Acabo de suplicarla que ejecute al piano una de sus inspiraciones, y ha accedido á mi ruego, siempre que yo grabe mis impresiones al compas de sus notas. Estas esparcen ahora la armonía, como si fueran los ecos del clave, contento de sentir, mas que la opresion, la caricia de sus delicados dedos, y que susurra su agradecimiento impregnándose de la mas suave ternura.

Cumpliendo estaba sobre el papel mi compromiso, cuando al levantar la cabeza, me ha sorprendido una cosa. Una de las bujías del piano, que es la única luz de toda la habitacion, proyecta la sombra del rostro de la jóven sobre la blanca pared, y está en ella tan divinamente delineado, que el mismo Rafael no diseñara su perfil, con la fidelidad que lo hace en este momento el sublime pincel de la casualidad.

Admiraba yo este capricho de la luz, cuando otra luz interior me ha obligado á reflexionar, y he dicho para mí: esa sombra es ella, y sin embargo no es ella. Se ve la una, y se conoce la otra. Pero es sólo una pálida semblanza, aquel rastro que queda en un cuadro, del ideal que se forjó al concebirlo el génio del pintor. Le falta la finura de las líneas de su contorno, y sin embargo es su perfil.

Es verdad que diseña las ondas de su cabello, pero no son estas ondas rubias como el oro, que inquietan anenado sus ojos, revoloteando alrededor de su frente; es verdad que se miran ahí como líneas oscuras sus bellas pestañas, pero no son estas otras, que con su brillo acerado semejan manojos de flechas, siempre dispuestas á herir un corazón; es verdad que se señala la órbita de su pupila, pero no se distingue la intensidad con que miran esos rasgados ojos chispeantes; es cierto que ahí se dibuja la línea de su boca y se marca la curva de su mejilla, pero ni aquella deja ver la inefable sonrisa que hace tomar á sus lábios la mas divina de las ondulaciones, ni ésta revela en su color monótono esas frecuentes alternativas de su alma sensible, ahora un blanco mate de emocion, luego un sonrosado de pudor inocente.

¿Dónde está, en esa triste silueta, la languidez mística con que entorna sus párpados, la dulzura exquisita con que arquea su cejas, y todo ese conjunto seráfico de gracias, de claridad, de blancura y de sonrisas, en que se envuelve su semblante, cuando se posee de la sensación en que se inspira su alma?

Es indudable! Entre esa forma que se dibuja en la pared y élla, hay un abismo de diferencias. El mismo abismo de diferencias que existe entre élla y el retrato que de élla he querido aquí trazar: que aquella forma y este retrato no son mas que su sombra.

M. Elzaburn.

CARMEN GAUTIER Y BENITEZ.

Ser joven, tener alma bella y vestidura mortal soñada por Apolo, diseñada por Vénus, cincelada por las Gracias. . . . ¡qué tentación de codicia para la Muerte!

Tal era Carmen; pero la Muerte fué generosa. La vió como era, y se anticipó para librarla de la vejez, marchita precursora del morir.

La Muerte odia á los que viven: éstos la odian ó la temen porque mata; y ella se venga, dejando vivir á muchos y complaciéndose en vestirlos de antemano con su ropaje de sombras.

Las garras de la vejez habrían devorado lo que Apolo soñó, diseñó Vénus, y las Gracias cincelaron.

Pero si la Muerte fué generosa, hay generosidades egoistas: nos robó á Carmen.

Y no solo fué egoista sino cruel, puesto que ha motivado las lágrimas de una madre, de una familia, de muchos amigos, y de un sér, que cual si fuese gemelo de Carmen, no permanece en el mundo, sino para recordar lo que eran las dos, de que no ha quedado mas que una!

¿Qué va á ser de la madre con uno solo de sus dos encantos?

El día engendró la mañana y engendró la tarde: dos crepúsculos tan bellos como él, iluminados por una misma estrella, por un mismo amor, ¿qué será del día sin la mañana que le despierta ó sin la tarde que le arrulla? ¿qué va á ser del día, sin uno de sus dos suavísimos crepúsculos?

La tumba de Carmen no ha menester flores. Se llevó las que trajo: ilusiones que vinieron con ella lozanas, y con ella se fueron sin marchitarse. Semejantes flores no se abrieron en el mundo para morir, puesto que de él no provenían: continuarán floreciendo en otra parte.

Bienaventurados los que creen, que la muerte no es el término absoluto de todo!

La Muerte existe. Es fantasma con hechos de realidad; pero morir es transformarse, y en este sentido, si aquélla mata, sus víctimas no mueren.

Consolaos, pues, los que llorais: la crisálida, que no otra cosa es el sueño de la vida, despertó y se ha convertido en la mariposa angélica. Consolaos: Carmen no ha muerto.

Que si se muere porque se ha nacido; tambien puede decirse que, por lo mismo que se nace, que se viene de otra parte, de Dios; se va á otra parte, se vuelve á Dios: la tierra es muy pequeña, y el universo muy grande!.....

Consolaos, pues, los que la echais de menos. El vacío que sentis, mas que real es aparente. Llenadlo con vuestro amor y con vuestra esperanza, porque Carmen no ha muerto!

A. T. y R.

EL DIABLO EN EL BAILE.

En una noche de invierno,
Á fuerza de arte y paciencia
Obtuvo el diablo licencia
Para salir del infierno.

Y apenas lo consiguió
Su magestad infernal,
Cuando á nuestra capital
En cuatro brincos llegó.

Pero como no sabía
Andar por esta ciudad,
No obstante su habilidad
Cada vez mas se perdía.

Y como no usa tacones,
Y de noche caminaba,
Cada paso le costaba
Infinitos tropezones.

Por fin, cansado de andar

En tan inútil paseo,
Muy cerca del coliseo
Fué con sus huesos á dar.

Cabalmente en ocasion
Que el teatro lleno estaba,
Pues de máscaras se daba
Esta noche una función.

Y viendo que todos cuantos
Con su dinero acudían
Allá dentro se metían,
Quiso ser uno de tantos.

Dicen que un cuerno pagó
(Y hubiera pagado cuatro)
Á la puerta del teatro
Por un viejo dominó.

Y que empeñó su maleta
En casa de un usurero,
Por el preciso dinero
Para alquilar la careta.

Luégo se cortó las uñas,
Se puso guantes calados,
Y zapatos charolados
Para ocultar las pezuñas.

Y ciñéndose la cola
Á modo de cinturón,
De los violines al són,
Se fué metiendo en la bola.

Pero como el diablo está
Condenado á padecer,
Todo cuanto empieza á ver,
Envidia y pena le dá.

Porque luego á la memoria
Le vino el tiempo pasado
En que ántes de su pecado
Era arcángel en la gloria.

Y al ver que entre aquellas gentes
Ningun tormento se sufre,
Hi hay plomo hirviendo ni azufre
Ni silbidos de serpiente;

Sino música, y no mala,
Y sorbetes y licores,
Y ramilletes de flores,
Y trajes de fiesta y gala.

En todo esto, y mas que vió,
Hallaba gran semejanza
Con la bienaventuranza
Que para siempre perdió.

Tan crudamente le ataca
Esta punzante afliccion,
Que lo deja sin accion
Y tieso como una estaca.

En medio de aquel bullicio
Hecho el diablo un estafermo,
Unos juzgan que está enfermo
Otros, que ha perdido el juicio.

Y agachadas las orejas
No echa de ver el cuitado
Que ya el vals han comenzado
Las retozonas parejas.

Este le da un empuellon,
Aquél los callos le estruja,
Y otro un siete le dibuja
Con el pié, en el pantalón

Al fin llega á presumir
Que en semejantes festines,
Sin duda los bailarines
Buscan un hazme-reir.

Y no queriendo serlo él,
Por parecerle ofensivo
Al carácter primitivo
Del refulgente *Lusbel*,

Poco á poco la salida
Con disimulo buscaba,
Cabalmente cuando entraba
En el salón mi querida.

Absorto se va tras élla
Con semblante mas seguro,

Ya que esta vez no es tan duro
El influjo de su estrella.

Aquel voluptuoso talle,
Aquel pié mas que divino,
Le hicieron perder el tino
Y volverse de la calle:

Y al ver tan bello modelo
Luzbel, delante de sí,
Dijo suspirando, ¡ así
Son los ángeles del cielo !

Luego mi querida habló,
Y su dulcísimo acento,
El diablo, que estaba atento,
Fácilmente percibió.

Y su memoria de un vuelo
Pasó á otros tiempos veloz ;
Y dijo : ¡ Así era la voz
De los ángeles del cielo !

En medio de la alegría
De fiesta tan placentera,
No es extraño que riera
Allí la querida mia.

De Luzbel aumenta el duelo
Siempre el recuerdo punzante,
Y el pobre exclama al instante,
¡ Así es la risa en el cielo !

Cediendo á la pesadez,
De un cansado pretendiente,
Mi querida al fin consiente
En bailar por una vez ;

Y apenas marca en el suelo
El primer paso su pié,
Dice Luzbel que lo ve :
¡ Así se pisa en el cielo !

Siguen despues las mudanzas
Y la grata confusion
Con que avivan la passion
Las festivas contradanzas ;

Ninguna otra con mas celo
Que mi dueña allí se inflama ;
Luzbel la admira y esclama :
¡ Así se baila en el cielo !

Al salon del ambigú
Pasa luego mi querida,
Y va siempre perseguida
Del constante Belzebú.

Á observarla se prepara
Desde un oscuro rincón,
Esperando la ocasion
De ver su divina cara.

Mas no bien hubo logrado
La apetecida ventura,
De gozar de la hermosura
De aquel ángel humanado,

No bien de sus ojos bellos,
Que en fuego y amor encienden,
Por aquel salon se extienden
Los celestiales destellos ;

Cuando Luzbel, de improviso,
Ve brillar la ardiente espada
Con que defiende la entrada
El ángel del paraíso.

Ve el celestial resplandor
De mi querida en la frente,
Cuando él en la suya siente
La maldicion del Señor.

Y cediendo al fallo eterno
Que en esta y en la otra vida
Lo priva de mi querida,
Huye Luzbel al infierno.

Y en medio del estampido
Con que desapareció,
Dicen que exclamar se oyó :
¡ Ay de mí, lo que he perdido !

J. G. de la Cortina.

DEL CARACTER DE LAS PASIONES

EN LA TRAGEDIA Y EN EL DRAMA. (*)

Señores: Difícil es un empeño académico en estos días de grandes y merecidas amarguras. Nadie encuentra solaz ni deleite en estas solemnidades. La inquietud general nos abruma, entiendo que lo único lícito es procurar á los que aún escuchan, medios y caminos que seren en la conciencia y conforten el ánimo, para huir de congostas y melancolías que paso tras paso nos sumen en silenciosa desesperación y femenino abatimiento.

Si no hay que esperar bríos y esfuerzos, perseverancia y virtudes cívicas en la vida pública, no es posible confiar en que la imaginación, madre del arte, recobre la fuerza creadora ; que la creación en todos los órdenes exija energía, esperanza en el porvenir ó hirviente vitalidad.

Cruel, muy cruel es una lucha fratricida en que herimos y maltratamos con mano impía á la madre patria ; triste, muy triste el cuadro de sanguinarios fanatismos que se desatan de uno y otro lado, cual huracanes que desarraigan del suelo y del alma los gérmenes de vida y de fecundidad ; pero nos cumple ayudarnos, para que Dios nos ayude en el noble empeño de desvanecer y disipar esta caliginosa atmósfera de sangre y fuego que nos asfixia.

Nuestros padres eran mejores y mas varoniles. No menos cruel era la lucha, no menos impíos y blasfemos los fanatismos en armas, y sin embargo, en aquel decenio de 1830 á 1840, palpitaba la épica inspiración del Duque de Rivas, y Don Álvaro luchaba á brazo partido con el destino ; Gil y Zárate cantaba la libertad en su Guillermo Tell ; El Trovador y El Rey Monge mostraban la indomable fuerza de las pasiones humanas ; Los Amantes de Teruel renovaban las fuentes del amor en una sociedad que respiraba odio, y nuestro público sentía crecer el corazón dentro del pecho, siguiendo palpitante las osadías y atrevimientos, y la inspiración altanera y arrebatadora de Hernani, Ángelo, Antony, Margarita ó Lucrecia, La Tisbe ó Marion de Lorme, de la misma manera que se serenaba su razón y descansaba su pecho con las fáciles anacreónticas y felicísimas fábulas del príncipe de nuestros poetas cómicos, del ilustre hablista y extremado versificador Breton de los Herreros.

El arte influye en la sociedad ; pero la sociedad influye en el arte. Es una acción mutua y una reacción recíproca. ¿ Qué esperamos, ni qué debemos esperar, cuando de un lado la vida nos pide perseverancia, alientos,

(*) Discurso de Don Francisco de P. Canalejas, leído en la sesión pública inaugural de 1875, en la Real Academia Española.

tenacidad heroica en nobilísimos empeños; y el arte, austero y atrevido iniciador del alma, nos recrea con bufonadas histriónicas y las aplaudimos con trasporte? Los que tal hacen, y los que acuden al llamamiento y lo presencian y aplauden, están juzgados. — No, no es ese el arte propio de una sociedad que va entre abismos; no es ese el arte que debe expresar las peripecias de una lucha titánica entre los fanatismos y los entusiasmos que ha engendrado la historia moderna, y que han escogido como teatro de su sangriento duelo á nuestra patria sin ventura. El caso es heroico; digno debe ser el hombre, y el arte debe inspirarse en lo sublime para dar alimento á pechos varoniles.

¿Y dónde encontrar el artista y el público fuentes y manantiales para esas inspiraciones y para esa emocion vivificadora?

Aprovecha grandemente á estos fines recomendables el conocimiento de las pasiones que sirven al poeta dramático para crear sus fábulas, y al espectador para procurarle la inefable emocion artística que endulza y ennoblece la existencia vulgar y prosaica. El estudio es llano y hacedero; mejor dicho, está hecho por todos, al tocar en ciertos términos y períodos de la edad viril á que rápidamente se llega, y bastan instantes de exámen y recogimiento para decidir si dió con la verdad el poeta, ó si se extravió entre fantaséos, genialidades y preocupaciones.

Las pasiones humanas constituyen la materia de las mas nobles y difíciles formas de la poesia escénica; sirven de tema y asunto al drama y á la tragedia. Las flaquezas y debilidades, las preocupaciones y extravíos del sentido común ó del sentimiento, que al contacto del orden social producen situaciones y caracteres cómicos, no entrañan la profunda y severa enseñanza que se desprende, como fruta madura y sazónada de una composicion dramática, las mas veces sin que el poeta sospeche el encadenamiento de ideas que su palabra creadora va á levantar en el ánimo de los espectadores.

Si la inspiracion dramática ó trágica no se viste con la pasion, y el origen, crecimiento y estallido de la pasion no corre al traves de la accion teatral, las mas acabadas perfecciones de estilo y frase; la hermosura del lenguaje ó del ritmo, no impiden que aparezca la obra como inmóvil grupo estatuario de frio mármol. Si en las alas de su fantasia el artista retrata el *Sueño de una noche de verano*, ó las mudanzas y agitaciones de *Fausto*, corriendo traideales antiguos ó futuros, ó va á evocar lúgubres melancolías en la region de las eternas sombras como Manfredo, la emocion dramática queda dormida en el alma del espectador, esperando dolores y sufrimientos humanos que ruda ó suavemente la despierten.

(Continuará.)

EPIGRAMA

Me decía tan quedo,
La diese galas,
Que entendí que pedía,
No galas, álas.
Mísero yo!
Que le dí las del alma
Y el corazon.

Porque el cura decía
Que en la tormenta,
Encendiera el marino
Un par de velas,
En la borrasca,
Encendió el marinero
Las de su barca.

L. M.

COFRE SÍ.

NOVELA

DE ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

(Continuacion.)

CAPTÍULO VIII.

TRES MENOS UNO, DOS.

Poco tiempo hacía que se habían separado los dos compadres, cuando se vió cerca del peñon el que tomó este camino; pero ¡cuán ageno de que allí le aguardase el ya olvidado perseguidor! Hubo de vislumbrarle entre las sombras de los arbustos entrelazados en aquel declive, y quiso retroceder; pero no había tiempo.

Fuése ó nó el que suponía, no era probable que estuviese allí, á tales horas, con el mejor designio.

En cuanto al perseguidor, sonrió gozoso al ver que los dos se habían reducido á uno.

Éste, imaginando que por primera defensa debía intentar la fuga, si no quería exponer su ganancia á los azares de la riña, dió de espuelas al caballo y emprendió la carrera, con la difícil velocidad posible, en terreno tan pendiente y escabroso.

El bandido á su vez, afirmóse en los estribos, desnudó la espada y emprendió la persecucion con igual paso.

La codicia aterrada iba delante: la codicia afanosa iba detras. Ambas pedían alas al viento. La primera apretaba entre sus garras un talego: la segunda esgrimía una espada. Dos rostros en que podían leerse dos maldiciones, pronunciadas por distintos móviles y en diversos tonos: dos figuras que venían á turbar, como sombras de mal augurio, la dulce claridad que el astro de la noche derramaba sobre la campiña.

Ambos caballos, fatigados con aquel tre-

par y temor de despenarse, caminaban á saltos, botes mas que carrera, conato de velocidad irrealizable en tan áspera superficie.

Dolorido á fuerza de lastimarse el desnudo casco, jadeantes y espumosos, resoplaban aquellos, quejándose tal vez de la exigencia de los ginetes, cuya espuela hería sus costados con la feroz impaciencia que agitaba sus corazones.

Suspendidos á veces sobre el abismo, había donde parecían prontos á caer; el uno siente ya sobre sí la mano que le persigue, el otro sonríe porque va á alcanzarle: piérdese esta esperanza, y aquél respira libre, para volver ámbos muy luego al primer temor y á la primera esperanza; y todo, porque algun obstáculo del terreno se interpone entre los dos, ó porque el último lo salva con un salto.

El jinete perseguido, aglomera dificultades, y el perseguidor las vence con diabólica audacia.

El caballo del primero casi da con el bello en tierra, y al tirón de la brida, tórnase á levantar: resbala el del perseguidor, y pónese en pié la briosa diestra del jinete.

Están ya medio á medio del peñon; pedregosa falda, estrecha ruta, entorpecida de una y otra parte por los matorrales entreverados de enormes piedras, que derrumbamientos sucesivos habían ido sembrando en ladera tan riescosa.

El plano se inclina sensiblemente bajo el pié de los viajeros, y abajo el mar, aunque poco feroz y no profundo en aquel sitio, no por eso muestra menos amenazante su corona de arrecifes. Erizados estos, como la dentadura de monstruoso caiman, parecen dispuestos á destrozar al que cayere.

Los cabalgantes son dos lobos hambrientos: el uno huye con la presa, que el otro persiguiéndole intenta arrebatarle.

Una de las veces que Caín vió perdida la ocasion de asir á su contrario, tiró del puñal que llevaba al cinto y se lo arrojó con mano enfurecida. El arma voló como saeta; pero el caballo del segundo tropezó inclinando su cuarto delantero, el cuerpo del jinete siguió este movimiento, y el puñal que iba hacia la espalda ó la nuca, se clavó en el sombrero y llevósele á gran distancia. Enderezado aquél, continuó la marcha: el tropezon le había salvado.

Pero en tan azarosa carrera, en medio de tantos botes y osadías, tras de tanto huir y perseguir, que era cosa de rabiarse y desesperarse; el caballo del jugador, mas aguijoneado que el de atrás y que tiraba por donde podía, procurando interponer dificultades, lo que no dejaba de arriesgarle á nuevos accidentes, tuvo la desgracia de volver á tropezar, y se fué de manos.

Si el tropiezo anterior le había salvado, este último le entregaba á su enemigo: un im-

pulso mas poderoso que su voluntad, le arrancó de la silla, lanzándole de bruces por sobre y mas allá de la cabeza del bridon. En tierra y maltrecho, está perdido.....

El perseguidor corre á su alcance.... pero el codicioso tiene dos vidas: la suya y la del dinero que defiende.

El contrario, espada en mano, le viene encima. Pónese de pié: ¿qué es el dolor para quien se siente de hierro?

Su caballo no puede levantarse de puro lastimado y fatigoso: habrá de batirse á pié.

Mientras pudo huir, lo hizo; ahora es forzoso defender lo que le impulsaba á huir: su oro!

Aguarda á su contrario, que se batirá á caballo, es decir, ventajosamente.

Con rapidez eléctrica se lanza sobre el talego que saltó de sus manos en la caída, tómale del suelo, y haciendo molinetes con la espada, comienza á trepar por la montaña; el contrario no puede seguirle á caballo por lo empinado de aquélla, y con la velocidad del gamo se desmonta.

Aprovecha el de la caída este movimiento, en que Caín hubo de atender á sí mismo, para ocultar el talego entre unos matorrales que dejó á su espalda; de suerte que, cuando el bandolero fué hacia él, ya le recibía en la debida guardia.

Se encuentran uno y otro frente á frente, y la lucha da principio.

Los dos lobos se han convertido en águilas que pelean en las cumbres.

El águila oculta su nido, su tesoro, entre las rocas elevadas, como si las hubiese inaccesibles á la codicia; como si los hombres no se volviesen águilas para atacar á las águilas, como si hubiese animal mas feroz que el hombre contra su propia especie.

Ellos arriba y el abismo abajo. Los cuerpos de arriba riñen, las peñas de abajo aguardan. Caín manejaba bien la tizona; pero el contrario no le iba en zaga.

Cada golpe era parado con firmeza y contestado con otro igual, que encontraba al adversario de nuevo en guardia.

Recobrábase ésta por ambas partes con la misma rapidez con que habían partido á fondo.

Las fintas eran desatendidas con maña: la disfrazada intencion combatida con destreza.

Las puntas seguían á los ojos para ir al pecho, y los ojos espiaban á los ojos, como hay que mirar al tigre para contener ó adivinar su ataque.

La luna les favorecía con su fulgor, contrastando lo plácido de su luz con la agitacion y fuego de aquellas fisonomías.

El choque de los aceros, que menudeaban ó se detenían efímeramente, y la anhelosa respiracion de los lidiadores producían el único ruido

que se oía en torno: contraste con el silencio magestuoso de noche tan serena.

De vez en cuando alguna palabra obscena, ó algun reniego, solía revelar que no eran fieras sino hombres; aunque como fieras combatiesen.

De pronto el pié derecho de Caín, mal puesto sobre una peladilla que rodó, le hizo perder el equilibrio. Ibase hácia abajo, parecía que el abismo le solicitaba, inclinándose mas el plano de la colina bajo sus piés.

El contrario partió á fondo encaminando la punta de su hierro á la garganta del caído....

Este, que para no continuar deslizándose se había dejado caer sobre la rodilla derecha, asíóse instintivamente de un bejuco que encontró al paso, casi á tientas, su siniestra mano (que por cierto era la vendada) hundió el cuello entre los hombros que encojió maquinalmente, al ver sobre sí el acero enemigo, adelantó con rapidez el brazo derecho armado de la espada, y contuvo á su contrario en son de arresto.

Pero éste, para acabar la contienda, aprovechándose de la caída del contrario, había partido á fondo indiscretamente; puesto que si logró librarse del arresto, por desviación rápida de su persona, no pudo impedir que por el impulso de su imprudente avance, y por el desvío á que se vio precisado, fuera á clavarse en tierra la punta de su espada por encima de la cabeza de Caín, quedando poco menos que sobre él y sin acción en contra del mismo.

La posición de ámbos combatientes fué por un momento tan singular como difícil, ya para dañarse, ya para recobrar la actitud perdida.

Caín, rodilla en tierra y con la mano herida, cuyo dolor se dejaba sentir, agarrado al matorral, según referimos ántes, tenía extendido el brazo derecho sobre el adversario, por encima de cuyo hombro izquierdo había pasado su espada en actitud de amenazar á las estrellas; al paso que el jugador, más afortunado en la mesa que en el campo, se hallaba casi de bruce sobre el bandolero, apoyado tan solo por la espada, cuya punta se iba hundiéndose en tierra cada vez más, y con la otra mano puesta como á manera de garra, sobre el hombro izquierdo de Caín, para no caer del todo ó para impedir á éste el movimiento de agresión.

La espada que por fortuna, no se había clavado en tierra blanda, por lo que no se hundía sino poco á poco y merced al peso de su dueño, no le permitía, por la circunstancia de no haber hincado en piedra ó porque se blandiese, el reactivo movimiento hácia la posición en guardia. El hombro de Caín no era apoyo suficiente por lo bajo que se hallaba, para que el cuerpo de su enemigo, más inclinado de lo que convenía, pudiese recobrar la vertical..... En esto Caín con movimiento tan brusco como rápido, escapó el hombro comprimido, y el adversario fué á dar sobre la espada; y como no

pudiese ésta contenerle, á causa de lo fuerte del impulso, ó que por lo inesperado de éste, se anulase el equilibrio del cuerpo; hubo de saltar á Caín para oponer ámbas manos al suelo, que hubiera recibido de mala manera su pecho y rostro, á no ser por esta ágil oposición.

Una vez en tierra el del talego, trató de levantarse Caín; pero aquél no menos listo, se le echó encima, y comenzó en tierra una lucha que amenazaba dar con ámbos en el mar ó sobre las rocas, á poco que rodasen.

El propósito del de arriba, era sujetar á Caín por ámbos brazos junto á los hombros, para impedirle el movimiento, poder levantarse enseguida, y recobrar la espada; el de abajo había abandonado la suya por habérsele convertido en inútil estorbo en aquel momento. El propósito susodicho requería más fuerzas que las de Caín, y éste contaba también con tanta agilidad y destreza como el contrario, así es que al impedir el de abajo aquel movimiento, cayó el pecho del uno contra el otro, y ámbos rostros quedaron superpuestos, pero no para darse el ósculo de paz, sino para morderse como fieras. El de arriba al sentir en su rostro los dientes de Caín, se desvió con supremo esfuerzo; y vibrando la diestra como pudo, acestó sobre la mejilla y junto al ojo de Caín tan recia puñada, que le hizo ver más estrellas de las que en aquel instante brillaban en el cielo, que eran muchas. Aprovechóse del aturdimiento momentáneo del bandolero para ponerse en pié, no sin que éste, retorciéndose cual furia, dejase de propinarle en el pecho, cuando se levantaba, tan fuerte golpe con el rudamente calzado pié, que le hizo lanzar un ay! semejante al mugido de la res herida, y caer de nuevo á alguna distancia, asíéndose de las matas para no rodar.

Caín se puso en pié, y comenzó á buscar á tientas la espada que, á pesar de la claridad de la luna, le era difícil encontrar, aturdido aún por el puñetazo.

Ya no combatía el del talego por éste, sino por la vida. Sabía que su enemigo, tan ensañado como estaba, no le dejaría partir. Así pues, se levantó tan presto como pudo, con la mano en el pecho dolorido y respirando difícilmente, para ir de nuevo sobre el bandolero, ántes que tomase la espada.

Trabóse de nuevo la pelea, sin mas armas que los puños por ámbas partes.

Abrazados cual gladiadores que pugnan por derribarse, y vistos á la luz de la luna, casi en lo alto de la montaña, parecían nuevo Hércules y nuevo Anteo, tratando de arrancarse de la tierra.

En la maña y vigor con que se asían aquellos brazos, y en el avance y retroceso de aquellas piernas, los unos y las otras ya rijidos como el bronce, ya flexibles como el acero:

piernas que á veces parecían tan firmes y pesadas como las del elefante, tan pronto ágiles y enlazadoras como culebras, pues no otra cosa semejaban á su vez aquellos cuerpos retorcidos y enlazados, que dos serpientes que lucharan por ahogarse; los dos mostraban en estas y aquellas cosas, que estaban avezados á este linaje de contiendas.

No faltará quien recuerde, que semejante pugilato, la riña á puñadas sobre todo, llegó á ser familiar á la adolescencia y juventud de nuestro país.

La *cabezada*, que pocos sabían evitar á tiempo, entraba en el ataque, y de ella se valió Caín; pero listo su adversario, le tomó del pelo con ambas manos y le opuso la rodilla con tanta rapidez, que á no ser tan ducho el bandolero, dejara en ella muelas y dientes: maña vieja para quien se había despachado á su gusto en la playa de su pueblo cuando chico, y aún era bastante mozo para no haberla olvidado. Sabía entrar á cubierto y *con segunda*, es decir, que al fracasar el golpe de cabeza que iba al pecho, libróse con ágil sacudida de las manos que le asían, para lo cual metió la diestra que fué á resonar con golpe seco sobre la indefensa mejilla del contrario.

Abrazáronse otra vez, y tras de inútiles vaivenes y recios bamboleos, en que ámbos tendían á soliviar, tras de zancadillas falsas y verdaderas, evitadas con prontitud por ámbas partes, no podían ya más de puro cansados. Aquellas eran válvulas pulmonales, y no inanimados fuelles.....

Los golpes, fuertes en la intención, se realizaban con debilidad; comenzando á ser, á mas de flojos, desacertados, y por lo tanto, inútiles..... Las manos quedaban lacias por más que pretendían asir..... Se fatigaban, se amagaban..... pero íbanse ya sintiendo paralizados.....

Armisticio indispensable, forzoso, tácitamente pactado: por los brazos, que no querían golpear, por los músculos, que no podían moverse, por los nervios de acción, que no lograban ser obedecidos.

La voluntad se cansaba en vano, no le era dado influir en aquellos cerebros desprovistos de su imperiosa atribución..... La sangre pedía alguna calma para no rebosar; la respiración, aire y espacio para no morir.....

Quedáronse, pues, los dos en actitud de acometerse; pero sin movimiento, contemplándose desconfiados y respirando fatigados.

De vez en cuando, trataban de amagarse ó de evitarse mutuamente: movimientos automáticos que se quedaban en la intención, trasluciéndose apenas.

Pasaron así algunos minutos, sin dejar de mirarse, queriendo atacarse con la vista, y vigilándose recelosos.

De pronto, hizo un esfuerzo Caín y se abalanzó á su contrario; pero éste le recibió prevenido, y renovóse la lucha cuerpo á cuerpo por tercera vez.

Cada uno de ellos pugnaba por lanzar á su contrario peñon abajo, sin acompañarle en la caída; y hubo momentos en que balanceándose juntos, era de esperarse que juntos rodarían.

Caín fingió una zancadilla con el pié izquierdo sobre el mismo del contrario. Éste trató de retirar la pierna; pero aquél que contaba con este retraimiento, atajóle con inusitada rapidez y sacudióle el cuerpo, ántes de que afirmara la pierna que acababa de levantar. Entonces con la una en suspenso, fué fácil hacerle falsear la otra, que perdió tierra á su vez. El infeliz acometido rodó cuesta abajo.....

Perollevábase á Caín cojido por la garganta...

El bandolero alargó el brazo, zafó el cuello, qué por su fortuna no había tenido el otro ocasión de asir bastante, y con el sobrehumano empujón que dió al contrario, acabó éste de perder el equilibrio....

En vano buscó á tientas y como por instinto, de qué agarrarse; fué casi rodando hasta quedar cabeza abajo sobre el abismo, pendiente sobre él y aturdido por los golpes que contra las piedras había ido dándose en una y otra parte.

Caín corrió en busca de su espada, en tanto que el jugador lograba agarrarse con una mano de una peña y con la otra de un matojo, quedando casi suspendido; pero mejorada su posición por que logró poner hácia arriba la cabeza, aunque su cuerpo quedó torcido. Este supremo esfuerzo agotó sus fuerzas, que le faltaron para enderezarse.

Caín, en vista de que no hallaba su acero, tomó un guijarro y dió con él dos golpes en la cabeza del infeliz caído. Soltáronse las manos de éste, y su cuerpo se despeñó como exánime hácia el mar, en cuyas orillas le recibieron las peñas, que acabaron con su vida, si alguna le quedaba.

El bandido le miró caer y se echó en tierra casi sin aliento: estos últimos esfuerzos le habían cansado á su vez.

Pasados algunos momentos, el facineroso se puso en pié y bajó casi á gatas hasta donde estaba el muerto. Registróle y sacó de sus bolsillos algunas monedas que trasegó á los suyos; examinóle, y convencido de que ya no existía, tornó á trepar del mismo modo.

Una vez arriba, buscó con mayor calma su espada y el talego, y como no falta un hado favorable á los perversos, dió al cabo con ambas cosas.

Montó á caballo y partió con rapidez.

Establecimiento Tipográfico de Gonzalez.